

INTELECTUALES Y POLÍTICA
EN LA ESPAÑA CONTEMPORÁNEA

Ortega y la «Revolución conservadora»¹

SABINE RIBKA

LA REVOLUCIÓN CONSERVADORA

SE suele atribuir el fracaso de la República de Weimar a los apremiantes problemas interiores y exteriores a los que tuvo que enfrentarse; y obviamente, el trauma de la guerra perdida, las duras condiciones del Tratado de Versalles, las repercusiones de la crisis económica, la inestabilidad parlamentaria o la escasa cultura democrática de la sociedad no facilitaron precisamente la vida de ese régimen. Tales factores, así como el hecho de que la República de Weimar no supo crear y consolidar unas actitudes de lealtad hacia su Constitución, no deberían inducir a infravalorar la responsabilidad importante que tuvo una buena parte de la intelectualidad alemana en el desenlace final de la democracia weimariana. Como decía Thomas Mann, al comentar los lamentables resultados de los comicios del 14 de septiembre de 1930, la victoria nacionalsocialista no habría adquirido tal magnitud, si únicamente hubiera entrado en juego la deplorable situación económica. «Al hundimiento económico de la clase media se le unía una sensación que le precedía, en forma de una profecía intelectual y de una crítica al espíritu del tiempo: la sensación de un cambio de época que presagiaba el fin de la era burguesa y el de su mundo ideológico que se había iniciado con la Revolución Francesa»². El desprestigio de los principios burgueses y de la fe en el progreso, proseguía el autor de *La montaña mágica*, uno de los testimonios literarios más representativos del ánimo de los llamados *Vernunftrepublikaner*, adquiría su manifestación filosófica en un tipo de pensamiento que, hostil a todo rasgo «intelectualista», ponía en su centro una vida orgánica nutrida exclusivamente por fuerzas inconscientes y dinámicas. Thomas Mann no era el único en caracterizar así el clima espiritual que envolvió la democracia weimariana, dominado por una filosofía de la vida vulgari-

¹ Este trabajo fue presentado en el seminario del Instituto Universitario Ortega y Gasset, el 8 de marzo de 2001. Agradezco a los asistentes sus comentarios y críticas.

² Thomas Mann, *Politische Reden und Schriften, tomo II*, Fráncfort, Fischer, 1968, pág. 190.

zada, cuyo ejemplo paradigmático constituía, sin ninguna duda, la popular obra de Ludwig Klages *El espíritu como oponente a la vida*. Ludwig Bauer, Edmund Husserl o el ya moribundo Max Scheler compartían el parecer del autor de las *Consideraciones de un apolítico*, que sólo tardíamente reconoció que «lo político está latente en toda actitud espiritual»³, habiendo él mismo participado en aquella corriente del pensamiento antidemocrático que ha entrado en la historia intelectual con el nombre de la «Revolución Conservadora».

Un conservadurismo de nuevo cuño

El término, a primera vista tan paradójico, de la «Revolución Conservadora» hace referencia a un tipo de conservadurismo, cuyo rasgo esencial se inscribe en su claro carácter ofensivo y en su potencial creador. Mientras que en gran parte del mundo occidental las reacciones ante la democratización de sus sociedades se movían en la órbita de un conservadurismo sentimental, proclive a ensalzar las glorias del pasado y anheloso de restauración del viejo orden, los conservadores revolucionarios no rehusaron ningún esfuerzo por marcar diferencias con lo que ellos calificaron peyorativamente como reaccionarismo. Al contrario, partían de un profundo rechazo del mundo guillermino, en el que habían sido formados, y numerosos motivos concurrentes en su discurso, tales como las contraposiciones elite-masa, cultura-civilización o vitalidad-decadencia, la crítica cultural al capitalismo y a la vida urbana y la idealización del *Volkstum* en cuanto fuente de lo auténtico, revelan cuán grande fue la huella dejada por el pesimismo cultural que dominaba el clima espiritual de la sociedad guillermina. No viendo en el pasado algo digno de defender, invertían la noción clásica del conservadurismo, y al vincularlo con la necesidad ya proclamada por Lagarde de crear cosas «que merecen ser conservadas»⁴, dotaron al proyecto revolucionario-conservador de una clara proyección hacia el futuro y de una firme voluntad de romper con el presente weimariano, sin por ello retornar a aquel «mundo de la seguridad» (Stefan Zweig), hecho añicos por el estallido de la Primera Guerra Mundial. De ahí se explica que Hans Freyer hablara de una *Revolución de la derecha*, que «borrará to-

³ Thomas Mann, *Schriften und Reden zur Literatur, Kunst und Philosophie*, tomo I, Fráncfort, Fischer, 1968, pág. 375.

⁴ Panajotis Kondylis, *Konservativismus. Geschichtlicher Gehalt und Unter-gang*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1986, págs. 469-493.

dos los vestigios del siglo XIX y liberará la historia del siglo XX»⁵, que Moeller van den Bruck acariciara la idea de un futuro *Tercer Reich*, superador de las divisiones entre la izquierda y la derecha y que proliferaran revistas y antologías con títulos tan significativos como *Die neue Front* (Frente Nuevo), *Die Kommenden* (Los venideros), *Deutschlands Erneuerung* (Renovación Alemana) o *Aufbruch* (Partida).

Si las constantes miradas hacia el porvenir constituían la dimensión revolucionaria de ese conservadurismo de nuevo cuño, los valores propugnados por aquella «legión de buscadores» de la que hablaba Hugo von Hoffmannsthal en su discurso *La literatura como espacio espiritual de la nación*, eran radicalmente opuestos a las ideas de 1789. Frente a la igualdad ensalzaron la jeraquía, abogaron por una nueva política, cuyo carácter esencialmente nacional tendía a privar de legitimidad a cualquier signo de oposición, y defendían una concepción de la libertad que requería la integración voluntaria en el orden colectivo y orgánico. «No es la libertad lo que están buscando —decía el poeta y dramaturgo austriaco en la citada alocución— sino la vinculación»⁶. Encaminándose a crear una realidad susceptible de aunar y amalgamar a toda la comunidad nacional, los conservadores revolucionarios vieron su misión en hacer surgir valores, símbolos y tradiciones, elevando a figuras como Federico el Grande o Goethe a una esfera casi mitológica o celebrando a Hölderlin como máximo defensor de la integración de un mundo completamente fragmentado. Entre tales elaboraciones hay que destacar el recurso a la noción del *Reich* que se convertía a la sazón en un auténtico mito político. Thomas Mann veía en la promesa de un Tercer Reich la razón del enorme entusiasmo despertado por el estallido de la guerra, Friedrich Hielscher esbozó un confuso y abstruso cuadro del *Reich*, espacio en el que se disiparan todas las manifestaciones espirituales occidentales, que incluso encontró los elogios de un Ernst Robert Curtius, tan alerta ante las amenazas que se cernían sobre el espíritu alemán, y Martin Heidegger consideró el *Reich* como el único lugar donde «el hombre históricamente acontecido puede permanecer extáticamente en una apertura, en la que depone todo lo usado y utilizable, deviniendo por ello capaz de soberanía en un sentido esencial»⁷. Huelga decir que la tan popular obra de Moeller van den Bruck ejercía un efecto propagan-

⁵ Hans Freyer, *Revolution von rechts*, Jena, Eugen Diederich, 1931, pág. 5.

⁶ Hugo von Hoffmannsthal, *Ausgewählte Werke in zwei Bände*, tomo II, Fráncfort, Fischer, 1957, pág. 736.

⁷ Martin Heidegger, *Concepto fundamentales*, Barcelona, Altaya, 1994, pág. 31.

dístico que fue aprovechado con suma facilidad por los nacional-socialistas. Aunque fueran muy diversas las concepciones acerca de la esencia del *Reich*, tal como se desprende de la antología *¿Qué es el Reich?*, en la que colaboraron pensadores como el católico Mirgeler o los poetas Rudolf Borchardt o Hans Grimm, autor de la influyente obra *Pueblo sin espacio*, ningún otro concepto fue tan apropiado para enlazar en sí la dimensión del pasado, el antiguo *sacrum imperium* de la nación alemana derrumbado en 1806, con la del porvenir, alimentándose, en medio de los sentimientos de crisis, la fe en *El Sacro Reich de los alemanes* (Ziegler), cuya instauración suponía la destrucción del presente, es decir, del Reich fundado a través de una guerra en 1871 y degenerado, como resultado de otra guerra, en república en 1918.

*La crítica al régimen weimariano
a la luz de la Primera Guerra Mundial*

El legado de la primera guerra mundial pesaba mucho sobre la joven República. Conocido su rechazo del mundo guillermino, calificado como materialista, mecánico y falso, el estallido de la primera contienda mundial fue la gran oportunidad de emancipación de ese mundo de estrecheces burguesas. Los primeros días de agosto provocaron tanto entusiasmo que ni siquiera las mentes más preclaras podían renunciar a participar en ella. Simmel, Natorp, Thomas Mann o Sombart acompañaron a Max Scheler en el elogio del *genio de la guerra*, fuente de la vida de la nación y de un Estado. La primera guerra mundial, sobre todo en sus primeros meses, significó la aniquilación de la sociedad guillermina, la recuperación de la comunidad y la suscitación de fervorosos sentimientos nacionales. Implicaba el despertar de un ideal o de un destino que superaba cualquier división de clases, de raza o de intereses. Permitió a la vez la escenificación del ideario nietzscheano, que tanto entusiasmó a los jóvenes alemanes dispuestos a dar a la peligrosidad de la vida, que ofreció la guerra, una calurosa bienvenida. Si bien el transcurso de la guerra hubo de desilusionar a muchos y suscitó más de una duda, la comunidad de agosto podía pervivir en la comunidad de trincheras, en la que la camaradería vivida constituyó un recuerdo duradero, sobre todo en el momento del retorno de los veteranos que no hallaron su sitio en el régimen recién instaurado. La experiencia de la guerra arroja mucha luz sobre el alcance que adquirió, en manos de los conservadores revolucionarios, la distinción establecida por Tönnies entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*.

Contando con el apoyo de intelectuales como Werner Sombart, Thomas Mann u Oswald Spengler, la primera guerra mundial trajo

consigo, además, una politización de la ya arraigada contraposición entre la *Kultur*, genuinamente alemana, y la *Zivilisation* extranjera, facilitando la aversión contra lo foráneo, en especial contra la tradición liberal-democrática de las potencias aliadas. No sólo el Tratado de Versalles fue sentido como un *Diktat*, sino el mismo régimen liberal-democrático no fue más que una imposición de los vencedores de la guerra, y resultaba completamente ajena a la idiosincrasia alemana. Esta muy difundida identificación de la República de Weimar con el Tratado de Versalles no sólo aumentó la virulencia de los ataques revolucionario-conservadores, sino que impregnó sus discursos con un claro mensaje de autenticidad. «Quien es individualista y quiere verdaderamente la mecanización y la igualdad, puede ser demócrata; sin embargo, quien desea el Estado cultural, quien exige del Estado algo espiritual, ya no puede ser demócrata. Ya no le puede ser indiferente si la masa alza su voz o no, no puede querer el voto igual para todos»⁸. Othmar Spann rechazaba las ideas e instituciones liberal-democráticas por su presunta incompatibilidad con la tradición alemana del *Kulturstaat*; y hay que destacar que incluso en 1930 Thomas Mann expresaba sus dudas acerca de la adecuación del parlamentarismo a la moralidad política intrínseca de Alemania. No obstante, los ataques podían revestir formas más denigrantes, como ilustran las siguiente palabras de Boehm: «Cada día se muestra que el parlamentarismo partidista occidental con su omnipotencia recién apresada en la derrota, es el enemigo más persistente de una reordenación orgánica de la vida alemana. A esta hiena del campo de batalla hay que domarla para poder lograr un saneamiento de la vida alemana»⁹. El trasfondo de autenticidad que envolvía el discurso revolucionario-conservador refleja en buen grado la honda preocupación por la cuestión nacional que albergaban muchos alemanes tras la humillante derrota sufrida. En su búsqueda de formas de organización política y económica genuinamente alemanas, se revela un profundo sentido nacionalista que, herido en su raíz, llamaba a filas para combatir aquella realidad constituida por *Weimar, Ginebra y Versalles* (Schmitt).

¿Cuáles fueron los aspectos de *la cara de la democracia* (F. G. Jünger) o del *Reich como República* (Winning) que repugnaban tanto a los conservadores revolucionarios? Según ellos, el sistema de Weimar se caracterizó por la atomización de la sociedad, mero agregado de individuos entregados únicamente a sus intereses materiales y faltos de un horizonte de valores que dé verdadero

⁸ Othmar Spann, *Der wahre Staat*, Leipzig, Quelle und Meyer, 1921, pág. 118.

⁹ M. H. Boehm, *Körperschaft und Gemeinwesen*, cit. en Kurt Sontheimer, *Antidemokratisches Denken in der Weimarer Republik*, Múnich, DTV, 1994, pág. 166.

sentido a la vida de la comunidad o de la nación. En la democracia weimariana, la política ha dejado de ser asunto de elites para convertirse en un regateo entre partidos políticos y asociaciones de intereses. En la política weimariana no se percibe ninguna voluntad estatal propiamente dicha, es decir, unitaria, fuerte e incorrupta. Al haber permitido el acceso de la sociedad a los centros de decisión estatal, la República de Weimar no era más que un *Scheinstaat* (Jung), un espectro de Estado, incapaz de alzar su voz en el concierto mundial y de poner coto al desgarramiento interior. Es fácil imaginarse cómo se configuraría *el auténtico Estado* (Spann). En vez del Estado de partidos, hay que instaurar un Estado fuerte y autoritario, con un liderazgo eficaz, que encarnara una voluntad unitaria. En lugar de los compromisos interpartidistas se impone el decisionismo. Como alternativa al principio mayoritario, se diseña una concepción organicista de la democracia que abre el camino a la idea, fecundamente explotada por Carl Schmitt, de una democracia aclamatoria. En suma, todos los conservadores revolucionarios se pronunciaban con desprecio respecto a los partidos políticos, a la labor del Parlamento y a los procedimientos democráticos. Todos ellos albergaban una concepción del Estado y de la sociedad en la que la comunidad, la decisión y el liderazgo prima sobre la sociedad, la deliberación y la masa.

El rechazo selectivo de la modernidad

Si el liberalismo político constituía el enemigo que aglutinaba a los conservadores revolucionarios, tal unanimidad de pareceres no se producía en otros ámbitos. En el terreno de la organización política se manejaba una amplia gama de concepciones del Estado, que abarca un Estado estamental (Spann), el *Volksstaat* (Freyer) o el Estado total (Schmitt). En cuanto a la economía, los defensores de una economía planificada se enzarzaron en disputas con los que elogiaban la personalidad creadora del empresario, dándose incluso el curioso caso de Spengler que, pese a haberse erigido en portavoz del socialismo prusiano, se revelaba como un firme partidario del capitalismo industrial, que engrosaba sus ingresos con conferencias pronunciadas ante las asociaciones de empresarios. La combinación del rechazo del liberalismo político con la aceptación de las premisas del liberalismo económico es ya de por sí significativa, e ilustra cómo los conservadores revolucionarios constataron de modo selectivo al reto planteado por la modernización. Pero son sobre todo las actitudes adoptadas ante el fenómeno de la tecnología las que revisten mayor interés, debido, entre otras razones, al nexo existente con el nacionalsocialismo.

La crítica a los logros alcanzados por la tecnología había constituido, sin duda, un ingrediente básico del *Zeitgeist* alemán antes del estallido de la primera guerra mundial. En su *Filosofía del dinero* Georg Simmel se lamentaba de que el entusiasmo por la técnica había dado lugar a una sobreestimación de los medios, alcanzando, en su valoración, el mismo nivel absoluto que correspondería a los fines a los que deberían servir. Esa consideración de la técnica como una nueva especie de aprendiz de brujo encontró también su eco entre algunos conservadores revolucionarios, como lo demuestran el *Prometeo* de Hans Freyer o el *Catolicismo romano* de Carl Schmitt. No obstante, ambos pensadores nunca llegaron a ese antimodernismo radical del que hicieron alarde Stapel o Zehrer, proclives a unirse a Niekisch en su clamor contra la *técnica, devoradora de hombres*; más bien, al reconocer el carácter esencialmente político de la técnica, afirmaron que era precisamente el ámbito de lo político el más apropiado para hacer valer sus principios y poner el entremado tecnológico al servicio de sus fines. Dado que la técnica, decía Carl Schmitt, ha puesto fin al proceso de las neutralizaciones, «el sentido definitivo sólo resulta cuando se muestre qué forma de política es bastante fuerte para apoderarse de la nueva técnica y cuáles son las verdaderas agrupaciones amigas y enemigas que crecen sobre el nuevo suelo»¹⁰. Ernst Jünger, quien vio en la técnica el marco en que se desenvolvía la vida del trabajador, propugnaba la aceleración del proceso tecnológico, ya que, según el, sólo la totalización de la técnica permite una dominación total.

No todos los conservadores revolucionarios mostraban la misma proclividad a abrazar tan incondicionalmente los logros de la técnica, sino que adoptaron posturas más bien moderadas que revelan las ansias de ver una sociedad profesional, basada en el principio de competencia. Incluso Spengler, que tanto clamaba por un arte de «cimiento y acero», tendía más a ver en la desertión de la elite la causa por la que el hombre se convierte en esclavo de la máquina. Como señala Stefan Breuer, los que con tanto orgullo se consideraban jóvenes conservadores ocuparon la posición ideológica propia de los viejos liberales. Procediendo en gran parte de la burguesía, en especial de la variante alemana del *Bildungsbürgertum*, estimularon la formación de la personalidad, la emancipación de antiguos privilegios y la propiedad libre, pero temían

¹⁰ Carl Schmitt, *Das Zeitalter der Neutralisierungen und Entpolitisierungen*, en Carl Schmitt, *Der Begriff des Politischen*, Berlín, Duncker y Humblot, 1996, pág. 94. En la versión que publicó la *Revista de Occidente*, el concepto de «política» es sustituido por el término de «cultura».

un individualismo desenfrenado, la desaparición de todas las jerarquías y una concurrencia exacerbada, susceptible de privarles de su base de existencia¹¹. Al fomentar, no obstante, las premisas del capitalismo industrial, preparaban el suelo en el que germiaba aquella sociedad de masas cuyas consecuencias políticas combatían. Y no fueron escasos los que, habiendo encontrado en la técnica un poderoso instrumento de dominación política de las masas, contribuyeron a allanar el camino para el triunfo nacionalsocialista.

La relación con el nacionalsocialismo

No resulta del todo fácil deslindar adecuadamente el campo ideológico de la Revolución Conservadora con el nacionalsocialismo hitleriano. Mientras que la enorme heterogeneidad en el plano del pensamiento impedía que se plasmara una organización política formal, el partido nacionalsocialista se convertía, a partir de 1930, en una fuerza política de primer orden, susceptible de derrumbar la tan repudiada realidad de Weimar. De este modo, fueron numerosos los conservadores revolucionarios que intentaron instrumentalizar el éxito hitleriano y que sumaron su voto a los de los millones de alemanes que apoyaron el movimiento nazi. «Hitler es un tonto, pero hay que apoyar al movimiento»¹²; esas palabras de Spengler, quien en 1924 había advertido del peligro nazi, ilustran el pragmatismo con que los intelectuales conservadores-revolucionarios, proclives a mofarse de las proclamas nacionalsocialistas, reaccionaban a la envergadura política que había adquirido el movimiento hitleriano. Como demuestra el ejemplo de Edgar Jung, asesinado por la Gestapo, pretendían servirse del partido nacionalsocialista para dar realidad a la dominación política de las elites conservadoras, convencidos de la posibilidad de encauzarlo y domarlo, mostrando una sorprendente ingenuidad política a la hora de enjuiciar el movimiento cuyas intenciones iban más allá de la mera aniquilación de la República de Weimar.

Si Hans Zehrer, director de la prestigiosa revista *Die Tat*, se unía a Edgar Jung en su afán de colaborar transitoriamente con el nacionalsocialismo para moldearlo según sus propios planteamientos,

¹¹ Stefan Breuer, *Anatomie der Konservativen Revolution*, Darmstadt, Wissenschaftliche Buchgesellschaft, 1995, pág. 78.

¹² Kornhardt Tagebuch, 21-IV-32, Bayrische Staats-und Landesbibliothek München, Spengleriana, Ana, 533.

otros que partían de un inicial entusiasmo por el movimiento hitleriano llegaron, a la altura de 1933, a rechazar cualquier intento de aproximación. Ese es el caso, por ejemplo, de Ernst Jünger, quien en su obra *El trabajador* ni siquiera menciona al nacionalsocialismo, tratando las orientaciones nacionales y sociales como si fueran meros principios del mundo burgués. Las diversas inspecciones de su casa ilustran el recelo con que miraron los nacionalsocialistas al antiguo colaborador del *Stahlhelm* y amigo del nacionalbolchevique Ernst Niekisch, detenido en 1937. Tras la publicación de *Años decisivos*, obra en que se criticaba abiertamente la toma de poder hitleriana, Oswald Spengler se convirtió en objeto de las más furibundas diatribas de las nuevas luminarias del régimen como Alfred Baeumler o Karl Muhs, y ante la admiración que profesó Elisabeth Förster-Nietzsche hacia el *Führer*, decidió retirarse del *Nietzsche-Archiv*. Si Spengler se resistía a las invitaciones de colaborar activamente en el régimen hitleriano, no ocurría otro tanto con Martin Heidegger o con Carl Schmitt, ejemplos paradigmáticos del intelectual comprometido con el nacionalsocialismo, que a lo largo de su vida nunca se refirieron a sus respectivas actuaciones y que, más que distanciarse, fueron apartados por los propios proselitistas hitlerianos, lo que revela el escaso entusiasmo con que recibían los nacionalsocialistas a la Revolución Conservadora, cuyo ideario se hallaba en buena medida carente de los contenidos racistas y antisemitistas que se configuraban como pilar fundamental de la ideología nazi.

ORTEGA Y SU DIÁLOGO CON LA CULTURA ALEMANA

«No se olvide, para entender lo aquí insinuado, que va dicho por quien debe a Alemania las cuatro quintas partes de su haber intelectual y que siente hoy con más consciencia que nunca la superioridad indiscutible y gigantesca de la ciencia alemana sobre todas las demás»¹³. Estas palabras, que aparecen en una nota de pie de página en su alocución *Misión de la Universidad*, ilustran cuán grande fue la atracción que albergaba Ortega hacia la ciencia y la cultura alemanas. Ya siendo joven dio prueba de su ambición de dotar a los ingenieros del «don de vista larga», necesario para el progreso nacional, que sólo proporcionaría «el baño íntimo y reformativo que yo me he dado y que me seguiré dando en arte y filosofía»¹⁴, y la lectura juvenil de Renan, quien en

¹³ José Ortega y Gasset, *Misión de la Universidad*, 1930, en OC, IV, pág. 347.

¹⁴ José Ortega y Gasset, carta a sus padres (14-VIII-1902), en José Ortega y Gasset, *Cartas de un joven español* (ed. Soledad Ortega), Madrid, Ediciones El Arquero, 1991, pág. 94).

su obra *La reforma intelectual y moral* había reconocido sin ambages la superioridad científica alemana, sólo pudo aumentar la curiosidad del joven estudiante hacia Alemania; país cuya tradición idealista había sido introducida con muchas dificultades y con muchas deficiencias por Julián Sanz del Río, atraído por la filosofía oscura y un tanto vulgar de Krause, y por José Perojo, traductor de la primera parte de la *Crítica de la razón pura* de Kant y responsable junto con su amigo Manuel de la Revilla de la edición de la *Revista Contemporánea*. La Institución Libre de Enseñanza había heredado la admiración por la universidad y la ciencia alemanas, y ya antes de constituirse la Junta para la Ampliación de Estudios, publicó en su *Boletín* las impresiones que habían recibido algunos estudiantes, entre ellos José Castillejo, de su estancia en las universidades germanas¹⁵.

Los primeros pasos dados en los recintos universitarios alemanes no distinguieron a Ortega de los demás estudiantes y profesores que antes o después de él ampliaron sus estudios en Alemania. Al igual que ellos se matriculó en las prestigiosas Universidades de Leipzig y Berlín, quedó fascinado por el equipamiento de los laboratorios y por los extraordinarios fondos de las bibliotecas y ensalzó las «exquisiteces pedagógicas»¹⁶ de la educación universitaria. No obstante, en ningún otro intelectual español había dejado la estancia en Alemania una huella tan indeleble como en Ortega. Al pasear por las salas que albergaban la biblioteca paulina de Leipzig, Ortega vislumbró por primera vez la necesidad de una historia de España, «primera piedra sólida de una reconstitución»¹⁷ nacional. La abnegación con que sus profesores se dedicaron a su labor investigadora le permitía apreciar el alcance del término de «vocación», no siendo allí la ciencia ningún «ganapán», como lo era en España, donde se había acabado «por hacer trapos sin sentido común científico»¹⁸. La actividad docente observada, aquella

¹⁵ José Castillejo Duarte, *Un curso de Stammler* (1904), BILE 536, páginas 321-329, BILE 537, págs. 372-379; *Sobre la enseñanza en la Universidad de Berlín* (1904), BILE 534, págs. 267-271; *Un curso de pedagogía del profesor Paulsen* (1905), BILE 548, págs. 326-330; *Notas sobre la enseñanza del derecho en la Universidad de Berlín* (1908), BILE 576, págs. 65-69; BILE 577, págs. 97-102; *Enseñanza extranjera: cartas a un estudiante* (1906), BILE 551, págs. 46-50; BILE 553, págs. 296-302; 1907, BILE 572, págs. 321-325; BILE 573, págs. 358-362 y 1910, BILE 599, págs. 44-47.

¹⁶ José Ortega y Gasset, *La Universidad española y la Universidad alemana* (1906), en *Cartas de un joven español*, ob. cit., pág. 746.

¹⁷ José Ortega y Gasset, carta a Francisco Navarro Ledesma, 8/9-VIII-1905, en *Cartas de un joven español*, ob. cit., pág. 652.

¹⁸ José Ortega y Gasset, carta a Francisco Navarro Ledesma (28-V-1905), en *Cartas de un joven español*, ob. cit., Pág.613

«emulación constante, griegamente infantil»¹⁹, estimuló su predilección por los jóvenes, todavía susceptibles de dejarse exaltar. Las enseñanzas del histólogo Radl despertaron su interés por las ciencias naturales, preparándole para su decisivo encuentro con las meditaciones biológicas de Uexküll. Finalmente, ya estando en Marburgo, al formar parte del círculo que, liderado por Nicolai Hartmann, comenzaba a sacudir los muros del bastión de la filosofía neokantiana, definitivamente derrumbado por el golpe heideggeriano, podría haberse percatado de los ingredientes básicos que más tarde informarían su teoría de las generaciones. «Si al contacto con Alemania yo no hubiera sentido entusiasmo sincero, profundo, exasperado por el destino alemán —sus ansias, sus temblores, sus ideas—, yo no habría podido hacer lo que luego ha resultado que he hecho»²⁰. Estas palabras, dirigidas por Ortega en 1934 a sus lectores alemanes, constituyen quizá el mayor reconocimiento de la deuda intelectual contraída con el país que se había convertido en su patria filosófica.

Pero no todo lo que vio y vivió en la tierra de promisión del idealismo suscitó el agrado de Ortega. El imperialismo guillermino, la falta de gusto estético o la predilección que, según él, mostraba el alemán por sentirse pueblo, no encontrándose en ese gentío ningún ademán de señorío, le causó «un gran desdén hacia el paisaje alemán»²¹, que ni siquiera la apacible ciudad de Marburgo podía eliminar. La Philipps-Universität, regentada a la sazón por Hermann Cohen y Paul Natorp, era casi el último reducto del neokantismo, importante «contrapeso respecto a la influencia centrífuga del nacionalismo cultural alemán»²², pero también un centro universitario acentuadamente hermético y cerrado, que resaltaba la condición de extranjero de sus estudiantes. Aunque en el semestre de verano de 1907 la lista de estudiantes matriculados en filosofía da prueba de cómo el centro neokantiano se estaba convirtiendo en un lugar de peregrinaje de numerosos judíos procedentes de Europa oriental, en el semestre de invierno de 1906-1907, los únicos extranjeros que acudían a las aulas de Marburgo fueron Ortega y el rumano Fjodor Lichtenstein²³, atraídos por las enseñanzas de un

¹⁹ José Ortega y Gasset, *La Universidad española y la Universidad alemana*, ob. cit., pág. 739.

²⁰ José Ortega y Gasset, *Prólogo para alemanes* (1934), en *OC*, VIII, pág. 24.

²¹ José Ortega y Gasset, carta a rosa Spottorno (28-V-1906), en *Cartas de un joven español*, ob. cit., pág. 461.

²² Thomas E. Willey, *Back to Kant. The Revival of Kantianism in German Social and Historical Thought; 1860-1914*, Detroit, Wayne State University Press, 1978, pág. 110.

²³ En el semestre de invierno de 1906-1907 se hallaban matriculados: José

Hermann Cohen, que, desde la segunda edición de su obra *La crítica kantiana de la experiencia*, influyó decisivamente en la formación de la escuela neokantiana, imponiendo la no muy variada gama de lecturas y procurando evitar las desviaciones psicológicas en que había incurrido, según él, el filósofo de Königsberg al establecer el dualismo entre pensamiento e intuición. Como se deriva de una carta a Unamuno, Ortega compartía esa percepción con el polaco Wladyslaw Tatarkiewicz, y las líneas amargas que escribía para *El Imparcial* —«fuera de España, ser español es ser algo ridículo»²⁴— ilustran la conciencia de extranjero que tenía Ortega, convirtiéndose en el ejemplo español del *outsider* al que Peter Gay atribuye la clave para entender la historia intelectual de la República de Weimar. «La cultura de Weimar fue obra de los *outsider*; a los que la historia había puesto, aunque sea por un breve, frágil y vertiginoso momento, en el primer plano de la escena»²⁵.

La figura del *outsider* se caracteriza por su especial sensibilidad para captar los problemas y tendencias intelectuales latentes en un determinado clima espiritual. Ortega mismo atribuía a su calidad de extranjero sus dotes especiales de espectador. «El hecho es —escribía a Unamuno— que venimos con retinas frescas, como de bárbaros a mirar el gastado espectáculo que sólo mirado por nuevos, es nuevo, se renueva»²⁶. Así, el filósofo se había percatado de los sentimientos de crisis y de decadencia cultural que invadían a gran parte de la comunidad académica alemana, no encontrando ni siquiera entre sus maestros el manantial del que brota una cultura original, creativa e innovadora. Y cuando años más tarde hable de la americanización de Alemania, habiéndose logrado la rápida industrialización «a costa del abandono de los grandes ideales de la cultura germánica»²⁷, participará plenamente en el pesimismo cultural que albergaban los «mandarines» alemanes al ver amenazado su ideal de *Bildung* por las ciencias positivistas y materialistas y, aún más grave, su privilegiada posición social por la modernización económica y política. El predominio

Ortega y Gasset, Erich Cassirer, Adolf Jacobus, Paul Scheffer, Maier Spielvogel, Boris Vogt, Otto Köhler, Fjodor Liechtenstein, Wilhelm Seemann, Arthur Vogler y Hermann Schnetze, *Verzeichnis des Personals und der Studierenden an der Königl. PreuBischen Universität Marburg*, Universitätsbibliothek Marburg.

²⁴ José Ortega y Gasset, *La cuestión moral* (1908), en OC, X, pág. 73.

²⁵ Peter Gay, *Le suicide d'un République. Weimar 1918-1933*, París, Calmann-Lévy, 1993, pág. 11

²⁶ José Ortega y Gasset, carta a Unamuno 827-I-1907; en *Epistolario completo Ortega-Unamuno* (ed. Laureano Robles), Madrid, Ediciones El Arquero, 1987, pág. 67.

²⁷ José Ortega y Gasset, *Una respuesta a una pregunta* (1911), en OC, I, página 211.

cada vez mayor de la ciencia y de la técnica provocaba la sensación de un imperio de lo meramente utilitario, habiéndose embotado todo nervio para los valores verdaderamente culturales. La tan afamada tierra de los poetas y pensadores, con su culto a la *Innerlichkeit*, se había convertido en el reino de la filosofía de Vaihinger, en el mero «como si», escondiéndose, tras las pomposas fachadas, la vida estéril, mecánica y aburrida del burgués.

Los movimientos juveniles, con sus excursiones al campo, a la montaña y a otras tierras desconocidas, alejadas de la vida monótona de las ciudades, constituían quizá la prueba más visible del malestar sentido hacia el mundo guillermino, que había ahogado cualquier signo de vitalidad. Pero el ataque a los ideales burgueses se producía en todos los frentes, en la literatura tanto como en la música, en la ciencia tanto como en la filosofía. Que Ortega participaba en el «instinto de coetaneidad» que atribuía a la juventud, lo ilustran en buen grado escritos como *Musicalia* o *Apátia artística* así como la publicación en la *Revista de Occidente* de las obras de Franz Kafka, Georg Kaiser, Franz Werfel o Thomas Mann. Mostró la misma beligerancia hacia la «tierra de los antepasados» que los jóvenes alemanes, recurriendo también a Nietzsche para pregonar la «caza del pequeño-burgués»²⁸; y como ellos se sintió profundamente sacudido por el estallido de la primera guerra mundial. Como ha señalado Robert Wohl, Ortega formaba parte de la generación europea de 1914, de la *Frontgeneration*, o, en palabras del filósofo, de una «generación en combate». Si bien habían recibido su bautizo de fuego en la gran guerra, acentuándose su «deseo de crear nuevos valores y de reemplazar a aquellos que estaban desvaneciéndose», su mentalidad se había formado ya anteriormente en el mundo finisecular²⁹.

Ortega no exageraba cuando decía de Alemania «que formó en ella una etapa decisiva de su juventud y que ha mantenido sin interrupción el trato más intenso con ella»³⁰. Su estancia había forjado un importante vínculo generacional con aquellos pensadores que, al igual que él, se sintieron llamados por imperativos políticos y compartieron su afán de dar realidad a las «ideas de 1914». La alusión a un libro de Heidegger que aún no había visto la luz pública, o la existencia en su biblioteca personal de las primeras ediciones de éxitos de ventas como *La decadencia de Occidente*

²⁸ José Ortega y Gasset, *Dislocación y restauración de España* (1916), en OC, XI, pág. 94.

²⁹ Robert Wohl, *The Generation of 1914*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1980, pág. 5.

³⁰ José Ortega y Gasset, *Un rasgo de vida alemana* (1935), en OC, V, página 185.

de Oswald Spengler, *Nietzsche* de Ernst Bertram o *El burgués* de Werner Sombart ilustran que la escasez de cartas conservadas no constituía ningún óbice para que el filósofo mantuviera sus contactos personales con el mundo cultural y académico alemán, que ya tempranamente le había rendido el reconocimiento intelectual que tanto buscaba en su tierra natal. Thomas Mann se sintió sacudido por la lectura de *La rebelión de las masas*. Carl Schmitt recomendó la obra a su amigo Ernst Jünger, citó a Ortega en su ensayo *La tiranía de los valores* y el verso de Theodor Däubler que le dedicó en *Ex captivitate salus* es poco frecuente entre personas que sólo se encontraron ocasionalmente. Max Scheler contribuyó a entablar la larga amistad mantenida con el romanista Ernst Robert Curtius quien aludía a la probable presencia de Ortega en Pontigny para convencer al fenomenólogo de asistir a las jornadas celebradas allí³¹. Keyserling revelaba en una carta cómo Prinzhorn elogiaba el parentesco que percibía entre el pensamiento orteguiano y el desarrollado por Ludwig Klages³². Heidegger mantenía un simpático recuerdo del pensador al que acudió en 1933-1934 para colocar a sus asistentes judíos como, por ejemplo, a Karl Löwith³³. La revista *Europäische Review* cuyo talante revolucionario-conservador era más que notorio, abrió sus páginas también para las meditaciones de Ortega, y ensalzó su personalidad por «haber impedido, en más de una ocasión crítica, la *Verniggerung* y la degeneración de la cultura hispana»³⁴. Incluso el poco amigable Spengler le invitó en 1922 a su residencia en Múnich, lo que permite suponer que Ortega se hallara en Alemania en un lugar y en un momento especialmente conflictivos para la joven democracia weimariana³⁵.

La atención que recibió el filósofo madrileño por parte de los más destacados representantes de la «Revolución Conservadora» no fue unilateral. Su biblioteca personal alberga todavía las obras de Carl Schmitt, Hans Freyer, Ernst Jünger, Hans Zehrer, Leopold Ziegler, Ludwig Klages, por no nombrar las de Spengler, Heidegger, Üexküll o de Sombart, referentes intelectuales explícitamente reconocidos por el pensador madrileño. Huelga decir que en la *Re-*

³¹ Carta de Ernst Robert Curtius a Max Scheler (16-V-1924), en *Scheleriana*, Bayrische Staatsbibliothek München, ANA 315, E II 1.

³² Carta de Hermann Keyserling a José Ortega y Gasset (24-III-1929), Hermann Keyserling Archiv, Technische Universität Darmstadt, 0-1-090.

³³ Cartas de Martin Heidegger a José Ortega y Gasset (29-V-1933; 25-X-1943 y 19-X-1934), Instituto Universitario Ortega y Gasset, rollo 3, tomo 1, JK 13.

³⁴ «*Europäische Review*», Heft 8, febrero de 1931, pág. 622.

³⁵ Oswald Spengler, carta a José Ortega y Gasset (21-VI-1922), Instituto Universitario Ortega y Gasset, rollo 5, tomo 2, JK 48.

vista de Occidente, fundada con el propósito de difundir los síntomas que anunciaban *el tema de nuestro tiempo* se dieron cita los adalides de aquella cruzada contra las instituciones liberal-democráticas, que habían dado rienda suelta a aquella «hiperdemocracia», que tanto hería sus sentimientos elitistas. Pese a las diferencias personales e intelectuales que necesariamente habría de darse en una corriente de pensamiento falta de coherencia ideológica, la crítica a la modernidad que lanzaba Nietzsche aglutinaba a los revolucionarios conservadores y hermanaba su horizonte con el de Ortega, que ya en 1914 volvió su mirada hacia las enseñanzas del indeleble denunciador del filisteísmo burgués.

LA «ZONA TÓRRIDA DE NIETZSCHE»

La fervorosa crítica que lanzó Paul von Lagarde al espíritu de su tiempo o la denuncia de la *Halbbildung* que realizó Julius Langbehn en su popular obra *Rembrandt como pedagogo* constituían los primeros síntomas que anunciaban cómo el pesimismo cultural reinante en la Alemania guillermina iba en compañía de la recuperación del legado de Nietzsche. Ningún otro pensador se mostró tan apropiado para alentar los movimientos vanguardistas y libertarios que salieron a la luz a partir de 1890. Georg Kaiser, Georg Heym o Frank Wedekind formaban el coro de una juventud que rendía, como lo hizo Gottfried Benn en su obra *Ithaka*, su culto a Dionisos. El selecto círculo de Stefan George hacía suyas las categorías heroicas y estéticas empleadas por el filósofo. Fue la lectura de las *Consideraciones Intempestivas* la que indujo a Thomas Mann a hablar en 1921 de una «revolución conservadora», de un conservadurismo que «no precisa más que de espíritu para ser más revolucionario que cualquier ilustración positivista y liberal»³⁶. El culto al filósofo, fomentado por la hábil mano administradora de su hermana, no se circunscribió, no obstante, a los jóvenes rebeldes, ni a pensadores estrechamente vinculados al *Nietzsche-Archiv*, como lo era Oswald Spengler, sino que su atracción abarcó también a algunos veteranos académicos, como Werner Sombart y su revista *Morgen*, e incluso al señor Ferdinand Tönnies que, pese a haber manifestado su preocupación por la popularidad que adquiriría Nietzsche entre los jóvenes, dotó a su *Gemeinschaft* orgánica de unos rasgos dionisiacos no muy alejados de la comunidad presocrática dibujada en *El origen de la tragedia*.

³⁶ Thomas Mann, *Schriften und Reden zur Literatur, Kunst und Philosophie*, tomo I, Fráncfort, Fischer, 1968, pág. 116.

Sorprendentemente, Ortega abandonó «la zona tórrida de Nietzsche»³⁷. El clima neokantiano respirado en Marburgo tardó en evaporarse, como lo prueba su voluntad de participar en el homenaje que rindió la Universidad de Marburgo en 1912 a Hermann Cohen³⁸. Pero fueron sobre todo la situación española, caracterizada por el predominio de la «bestia romántica»³⁹, y su ardor polémico manifestado hacia su generación predecesora, inmersa en los mares africanistas e individualistas, los que le forzaron a actuar así. España no necesita hombres, decía a Maeztu, sino ideas, sobre todo en un momento en que las chimeneas erigidas en el cielo vascongado y asturiano anunciaban el mejoramiento español. No fue causal que Ortega abogara por la rectificación de las enseñanzas del filósofo del martillo en un momento en que la modernización económica comenzaba a dar sus primeros signos. Si bien siempre quería ver una España apta para concurrir en ciencia y tecnología con los gigantes económicos del Norte, en su estancia en Alemania se había percatado de las consecuencias de la industrialización, y a fin de evitar la americanización del país, optó por la poderosa arma de la cultura, susceptible de ampliar los agostos y herméticos horizontes utilitarios del *homo oeconomicus* y de hacer posible la constitución de una comunidad de trabajo, que «ha de ser comunión de los espíritus, ha de ser un sentido para cuantos en ella colaboran»⁴⁰. Que Zaratustra era susceptible de hacer posible la creación cultural por vía de la ciencia, lo había descubierto el venerable profesor Alois Riehl, y Georg Simmel, al presentar un Nietzsche afanoso por encontrar una norma de validez universal, completamente ajena al subjetivismo⁴¹, contribuyó a que Ortega intentara por primera vez conciliar lo irreconciliable, en ese caso, las enseñanzas de Natorp con el legado nietzscheano, tan receloso hacia la filosofía de Kant.

Sin duda, existe una cierta continuidad entre la conferencia que pronunció Ortega sobre pedagogía social en «El Sitio» bilbaíno y la célebre alocución que acompañaba a la constitución de la Liga

³⁷ José Ortega y Gasset, *El sobrehombre* (1908), en *OC*, I, pág. 91.

³⁸ Cartas de Nicolai Hartmann a Heinz Heimsoeth (3-1-1912, 21-VII-1912) en *Nicolai Hartmann und Heinz Heimsoeth im Briefwechsel*, Bonn, Bouvier Verlag, 1978, págs. 81 y 121. Carta de Paul Natorp a Görland (5-II-1911), en Helmut Holzhey, *Cohen und Natorp*, tomo II, Basel, Schwabe, 1986, pág. 393.

³⁹ José Ortega y Gasset, *Teoría del clasicismo* (1907), en *OC*, I, pág. 75.

⁴⁰ José Ortega y Gasset, *La pedagogía social como programa político* (1910), en *OC*, I, pág. 519.

⁴¹ Alois Riehl, *Friedrich Nietzsche: Der Künstler und der Denker*, Stuttgart, Frommann, s.a.; Georg Simmel, *Schopenhauer und Nietzsche*, Leipzig, Duncker y Humblot, 1907.

de Educación Política; en ambas subyace la intención del *magister hispanium* de fomentar el patriotismo dinámico del *Kinderland* nietzscheano, y de invertir el curso de la decadencia española. No obstante, el descubrimiento en 1913 de la biología de Jakob von Uexküll imprimió sobre la arraigada idea de las dos Españas unos rasgos claramente vitalistas y facilitó la recuperación del *ethos* heroico de Nietzsche. Si en 1910 España no existía como nación, en 1914 se negó la vida a una España oficial ya moribunda en nombre de una «España germinal». La concepción hegeliana de la historia como progresivo movimiento hacia los ideales de la humanidad, daba paso a épocas de brincos y saltos impulsadas por «multitud de pequeñas variaciones acumuladas en el inconsciente»⁴². La educación política del ciudadano para la comunidad del trabajo cedía su lugar al fomento del pulso vital de la nación. La España ideal, más anclada en el marco utópico, sería sustituida por la nueva España del porvenir, que dotara a la joven intelectualidad reunida en el Teatro de la Comedia de un poderoso proyecto incitador, susceptible de henchir los corazones y suscitar la voluntad necesaria para poner «a su servicio las energías más decididas»⁴³; de un mito, diría más tarde, que impulsara «las corrientes inducidas de los sentimientos que nutren el pulso vital»⁴⁴. La pedagogía social y el hombre no acotado a su existencia biológica dejaban paso, en las *Meditaciones del Quijote*, al héroe que, fiel a su circunstancia, se resistía a, e incluso transformaba, su realidad, informada a la sazón por los «ideales burgueses que se han cernido sobre Europa durante medio siglo»⁴⁵. Y con el héroe hacia su entrada también la gran política que había proclamado Nietzsche, aquella política que *más allá del bien y del mal* quebraba los antiguos moldes establecidos por radicales y reaccionarios, se definía como una actitud histórica y declaraba sin ambages el verdadero sentir de una nueva generación destinada a dar su tonalidad ascendente a la vida nacional.

El ánimo de ruptura con la España de la Restauración influyó en la recuperación del legado nietzscheano en *Vieja y nueva política* y, más visiblemente, en las *Meditaciones del Quijote*. La constitución del Partido Reformista, la invitación a palacio de ilustres prohombres «institucionistas» así como la existencia de un nutrido grupo de jóvenes formados en el extranjero contribuyeron a que el filósofo viera próxima la tan anhelada democracia competente,

⁴² José Ortega y Gasset, *Vieja y nueva política* (1914), en OC, I, pág. 273.

⁴³ José Ortega y Gasset, *Vieja y nueva política* (1914), en OC, I, pág. 270.

⁴⁴ José Ortega y Gasset, *El «Quijote» en la escuela* (1920), en OC, II, pág. 295.

⁴⁵ José Ortega y Gasset, *Meditaciones del Quijote* (1914), en OC, I, pág. 398.

organizada por la minoría directora. El pronto fracaso de la política de intelectuales promovida por Ortega le hizo más sensible a la fervorosa crítica a la modernidad del intempestivo filósofo. Si bien habría que esperar hasta 1923 para escuchar *el tema de nuestro tiempo*, el más nietzscheano de todos sus escritos, el intelectual madrileño había vislumbrado ya en las trincheras *el crepúsculo de los ídolos*.

ORTEGA ANTE LA GRAN GUERRA

El estallido de la primera guerra mundial sacudió profundamente a la España intelectual, que desafiaba la posición neutral mantenida enzarzándose en una fervorosa lucha que proyectaba las ansias aliadófilas de democratización del régimen político de la Restauración. Las portadas que diseñó Bagaría ilustraban el decidido compromiso que sentía *España* hacia la causa aliada, pero su director, el recién encumbrado adalid de la joven intelectualidad, se mostró sumamente renuente a tomar partido por uno o por otro bando. Su firma estampada en el *Manifiesto de adhesión a las naciones aliadas*, hizo públicas las simpatías que por la democracia individualista inglesa albergaba, pero se negó rotundamente a participar en la difundida opinión que presentaba un enfrentamiento entre dos tipos distintos de cultura, una democrática y otra reaccionaria; simplificación propia de los lectores de epítomes, cuyo proceder ante el ejemplo del «germano Breno» le revelaban «la fruición del ínfimo cuando cree haber cogido en falta a una persona de rango»⁴⁶, o de los asistentes a las tertulias de café, propensos a dejarse apasionar por sucesos como la invasión de Bélgica. Ciertamente, ésta fue un crimen jurídico perpetrado por los alemanes, pero sólo uno entre los múltiples que habían consumado en otros momentos otros países. «Ya hay un débil atropellado. Desde que tengo uso de razón no he visto que España se apasione más que por los débiles»⁴⁷; esas palabras que anotaba Ortega pocos días después del estallido de la contienda ilustran cuán arraigada era su idea de la inversión de los valores con la que había caracterizado a la Restauración, teniendo el suceso escasa importancia ante la magnitud del auténtico sentido de la guerra. «Esto que comienza como comienza es el movimiento inicial

⁴⁶ José Ortega y Gasset, *El germano Breno, como ejemplo*, ESPAÑA, núm. 4, 19 de febrero de 1915.

⁴⁷ José Ortega y Gasset, *Anotaciones sobre la guerra en forma de diario* (1914), en OC, X, pág. 253.

de un nuevo orden en todo, dentro del cual no regirán las normas hasta ahora válidas: la historia tiembla hasta sus raíces, sus flancos se desgajan convulsamente, porque va a parir una nueva realidad»⁴⁸.

Ortega, por ende, vislumbraba en la gran guerra el derrumbe de todo un mundo, por cuyas venas ya no fluía ni una gota de vitalidad, anunciando los *horizontes incendiados* una nueva Atlántida que emerge de las aguas incommovibles del filisteo. Todo lo viejo e inerte se hunde en las trincheras, «y queda sólo en pie lo que es puro, lo que es joven, lo que es posible»⁴⁹. Como ningún otro intelectual español, Ortega conectaba con el sentir de los jóvenes europeos que se sentían destinados a la renovación cultural, haciendo suyo el lema nietzscheano de la «transvaloración de los valores». El cosmopolitismo intelectual que reclamó posteriormente daba buena prueba de la misión generacional que le unía con sus coetáneos europeos, bautizados en el fuego de la gran guerra, que repercutía sobremanera en sus respectivas escalas de valores, en las que lo instintivo y lo espontáneo, la aventura y la heroicidad viril, la emoción y la proximidad a fuerzas cósmicas, completamente ajenas a la frialdad del intelecto, adquirirían un lugar eminente. Keyserling, al presentar la personalidad de Ortega a los seguidores de la Escuela de Sabiduría, mantenía que los errores en que incurría a veces el filósofo se debían a que no había sufrido en su propia persona la experiencia de la guerra⁵⁰. Sin embargo, el alud de la literatura de guerra no pasó desapercibido para el intelectual madrileño quien, al hablar de la moral del resentimiento, hizo alarde de sus conocimientos sobre el particular: «Hoy se adopta sin reflexionar toda falsedad que avance con gesto denigrante y envilecedor. Así se elige como punto de vista decisivo para filiar la guerra auténtica la cabeza angosta de un labriego que ha sido arrancado a su terruño e incrustado en el ángulo de una trinchera»⁵¹. Y si únicamente «la emoción y el pensamiento» son susceptibles de atisbar la esencia de la guerra, Ortega habría podido ver en el mundo de luchas de las *tempestades de acero* de Ernst Jünger, en aquella extraña mezcla de embriaguez y frialdad, de exaltada bravura y sobria planificación, una visión más apropiada de la realidad de la guerra.

⁴⁸ José Ortega y Gasset, *Anotaciones sobre la guerra en forma de diario* (1914), en OC, X, pág. 251.

⁴⁹ José Ortega y Gasset, *En la fiesta de armisticio de 1918* (1918), en OC, VI, pág. 224.

⁵⁰ Hermann Keyserling, *Weg zur Vollendung*, núm. 12, 1926, pág. 36.

⁵¹ José Ortega y Gasset, *Introducción a «Don Juan»* (1921), en OC, VI, página 134.

La atracción que ejercía el fenómeno bélico sobre Ortega no se limitaba únicamente a su ingente potencial renovador o destructor de lo arcaico; hay que resaltar también la impresión que le había dejado el inusitado fervor nacional que provocó el estallido de la contienda en los países beligerantes. «El primer efecto de la guerra fue aquí, como en todas partes, un despertamiento del instinto nacional (cosa muy diferente del nacionalismo). Pudieron llamarnos a una obra común y entusiasta en que transitoriamente convivieran fundidos todos los españoles, harto separados de ordinario por eso que denominan ideas políticas. El momento ha sido y es el más favorable: dondequiera que miremos por encima de las fronteras topamos con ejemplos de heroísmo y de sacrificio»⁵². En la primera guerra mundial Ortega había visto realizado su ideal de nacionalización, y no es sorprendente que al dibujar su visión de la nación en *España invertebrada* presentara a la guerra como una fuerza espiritual, estructuradora y jerarquizadora, tan necesaria para la organización de la nación como lo eran aquellas empresas que dotarían a la convivencia social de un sentido comunitario, por encima de particularismos y de compartimentos estancos.

La imagen de las trincheras, que comenzaba a entrelazarse en sus meditaciones, indica la envergadura que había tenido la gran guerra en la trayectoria ideológica de Ortega que, fiel a su optimismo, tendía a adoptar un gesto de entusiasmo, sin por ello dejar de confesar la desconfianza que le suscitaba aquel «heroísmo triste»⁵³, de denunciar la crueldad de lo acaecido en los frentes o de criticar la exaltación patriótica de un Max Scheler o de un Hermann Cohen. Y con ese gesto de entusiasmo saludó al obrero-guerrero, nuevo protagonista social forjado en los campos de batalla, que simbolizaba ya el principio de trabajo y el de nación, personificando el obrero el abnegado compromiso con la comunidad, y el guerrero la ejemplaridad de los mejores que organizarían la nación. Su doble faz le permitía a la vez representar el lema de *democracia y competencia*, que siempre había orientado la mente del filósofo. Y si se considera, finalmente, que la primera guerra mundial había anunciado un nuevo porvenir, tan distinto al siglo XIX, racionalista y progresista por excelencia, no resulta sorprendente ver a Ortega alistarse bajo la bandera revolucionario-conservadora.

⁵² José Ortega y Gasset, *Política de neutralidad* (1915), en OC, X, pág. 286.

⁵³ José Ortega y Gasset, *Horizontes incendiados* (1916), en OC, II, pág. 29.

LA NECESIDAD DE UNA POLÍTICA VIRIL

En el transcurso de la guerra, Ortega no sólo pudo contemplar el ingente potencial nacionalizador que subyace al fenómeno bélico. Como revela su crítica al «utilitarismo patriótico» de Max Scheler, repudiaba el poder de absorción de un Estado, capaz de convertir incluso a las mentes más excelsas en meros siervos de la maquinaria pública, y mas de una vez expresó su confianza en que la convulsión bélica invirtiera la tendencia democratizadora. El panorama político y social de España, entregada al imperio de las masas, sólo pudo aumentar el talante aristocrático de Ortega, que se mostró propenso a disociar la dimensión democrática de su liberalismo, garantizando así, frente al morboso plebeyismo, la *libertad, divino tesoro* que, conquistada por la Revolución francesa, encarnaba el «pathos de la distancia» con el que Nietzsche caracterizaba la moral de los señores. Pero al igual que la toma de la Bastilla se convertía en el «hecho, acaso el más funesto e inútil de la época moderna»⁵⁴, también la libertad se tornaba problemática y equívoca, contrastando como mero *abstractum* con el «sublime ademán deportivo con que el hombre arroja su propia vida fuera de sí»⁵⁵. La libertad había perdido el rango que antaño ocupaba. Ya no henchía los corazones, ni polarizaba la sociedad en el sentido polémico en el que fundamentaba Carl Schmitt su *concepto de lo político*. En el albor de una nueva época antirrevolucionaria, sólo se mantenía en pie una «última barricada»: el viejo café Pombo, «corazón mismo de lo burgués» y reunión de la «última generación liberal» que, habiendo retomado el pulso de la vida ascendente, allanó con sus creaciones literarias el camino para «alzar una futura Bastilla», erigida sobre valores esencialmente viriles⁵⁶.

«Retrato de grupo sin dama»; bajo ese ligero retoque del título de una novela de Heinrich Böll ha analizado Stefan Breuer la mentalidad generacional de la «Revolución Conservadora». La «Alemania secreta» de Stefan George, la proliferación de las asociaciones varoniles o los abundantes escritos de Hans Blüher, máximo exponente del sentir erótico del poderoso movimiento juvenil *Wandervogel*, revelan cuán arraigado estaba el anhelo de hombría y

⁵⁴ José Ortega y Gasset, *Ideas políticas* (1922); en *OC*, XI, pág. 15.

⁵⁵ José Ortega y Gasset, *El tema de nuestro tiempo* (1923), en *OC*, III, página 203.

⁵⁶ José Ortega y Gasset, *En un homenaje en su honor en «Pombo»* (1922), en *OC*, VI, págs. 226-229.

de gestas heroicas en la Alemania guillermina, desde la cual Ortega advertía a Pío Baroja de la dimensión esencialmente masculina de la política. La experiencia de la guerra acentuó la sensación de comunidad varonil y se proyectó con toda su violencia contra la República de Weimar, pacifista y sumisa a los dictados de los aliados. La democracia se hallaba impregnada de un instinto femenino susceptible de socavar el Estado, único resorte de autoridad viril. Carl Schmitt señalaba cómo la burguesía, prototipo del romanticismo político, se desarrolló bajo el amparo de las mujeres; Frobenius aplicaba los resultados de sus estudios sobre las tribus africanas a las culturas europeas, armonizando el estilo de vida alemán con la cultura «hamítica», en la que el secuestro de la novia indicaba el predominio del hombre en la vida de la comunidad, en contraste con la costumbre «occidental» arraigada en el «matrimonio por elección»; y Ernst Jünger anunció el derrumbe de cualquier cultura carente de «nervio viril»⁵⁷. Ortega mismo comparó alguna vez los signos de la decadencia con «una blandura romántica tan femenina, que sólo puede darse en un pueblo arribado al extremo otoño»⁵⁸. Las reminiscencias spenglerianas no son fortuitas, ya que al igual que en sus coetáneos revolucionario-conservadores, fue el ansia de ver erigida una nación orgánica el que motivó su actuación política, buscando como ellos la dama que les faltaba en su retrato de grupo. Y cuando Ortega leyó en la segunda parte de *La decadencia de Occidente* la distinción entre la *res privata* femenina y la *res publica* masculina, entre la nación que tiene una idea del Estado, y la originaria comunidad guerrera que pone «en constitución» a la nación a la sazón «en forma», vio compartida su teoría sobre el origen deportivo del Estado, fruto de «la juventud, preocupada de femineidad y resuelta al combate»⁵⁹, que tanto contrastaba con el modelo contractual, convertido, en sus manos, en expresión de la inseguridad burguesa.

No obstante, los ingredientes que aderezarían su concepción varonil del Estado y de su complemento femenino, la nación, los había descubierto el filósofo ya en 1919, al subrayar el papel que desempeñaba la mujer en el transcurrir de la historia, traduciendo

⁵⁷ Carl Schmitt, *Politische Romantik*, Berlín, Duncker y Humblot, 1998; Leo Frobenius, *Schicksalskunde im Sinne des Kulturwerdens*, Leipzig, Vogtländer, 1932; Ernst Jünger, *Der Kampf als inneres Erlebnis*, en *Sämtliche Werke*, tomo 7, Stuttgart, Klett-Cotta, 1980.

⁵⁸ José Ortega y Gasset, *Epílogo al libro «De Francesca a Beatrice»* (1924), en *OC*, III, pág. 327.

⁵⁹ José Ortega y Gasset, *El origen deportivo del Estado* (1924), en *OC*, II, página 619.

la idea sobre el origen femenino del capitalismo, formulada por Werner Sombart, en el alumbramiento del principio de la nación. Al exigir la perfección del hombre, germen del elemento estatal, la corte mujeril posibilita el progreso nacional, dando comienzo a una «historia de los ideales masculinos inventados por la mujer»⁶⁰, ideales caballerescos y jerarquizadores que atenuaban las rudas costumbres de la comunidad guerrera e impedían la omnipotencia de lo público en cuanto nota dominante de la psicología del hombre pero que, al igual que en el análisis sombartiano el lujo aristocrático degenera en una mera ostentación burguesa, resultaban susceptibles de excederse en el formalismo de sus conversaciones, obstaculizando la labor que incumbe al hombre en la plaza, en el campo de batalla o en el taller, en suma: la organización de la nación. Si en 1925 Ortega se percataba de los signos de mocedad viril que impregnaban el aire europeo, perdiendo el mundo paulatinamente formalidad, dos años más tarde, al convocarse la Asamblea Nacional Consultiva, España se ha tornado lo suficientemente blanda para ser moldeada por la gran política del Estado, que establecería los cauces para que la nación pudiera *fare da se*. Había llegado la hora de Mirabeau, único varón en la asamblea francesa que, como arquetipo del gran político, era consciente de que «política es tener una idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación»⁶¹.

La distinción establecida entre el intelectual y el político, entre el hombre de contemplación y el de acción, como lo expresó Spengler, dotaba a la concepción orteguiana de la política de un claro cariz voluntarista, excluyéndose cualquier consideración, por mínima que fuera, de responsabilidad y de ética. «No hay principios honestos en política —contestó Ortega al conde de Romanones— en política sólo son honestos los actos concretos»⁶². El político de vocación no se dejaba medir con la varita de los que se entregaron únicamente al «arte de conseguir y conservar el gobierno», no requería ni de la costumbre ni de la legalidad para afirmar su autoridad. Como Lerroux, «formidable arquitecto de pasiones colectivas», al gran político le bastaba una oratoria feroz para organizar el pueblo y encender, así, los corazones de la juventud, como antaño había atraído a la joven intelectualidad madrileña educada en el «desdén hacia el liberalismo de los ineficaces»⁶³; como Maura, el

⁶⁰ José Ortega y Gasset, *Epilogo al libro «De Francesca a Beatrice»* (1924), en OC, III, pág. 327.

⁶¹ José Ortega y Gasset, *Mirabeau o el político* (1927), en OC, III, pág. 630.

⁶² José Ortega y Gasset, *Entreacto polémico* (1925), en OC, XI, pág. 65.

⁶³ José Ortega y Gasset, *Lerroux, o la eficacia* (1910), en OC, X, páginas 154-155.

estadista nato no evitaba la toma de decisiones polémicas; al contrario, suscitaba «deliberadamente conflictos para aprovecharlos como saltos de agua»⁶⁴; como Fichte decía, el político con mayúscula derivaba su éxito de una simple «mirada de zahorí», mediante la cual descubría y expresaba el auténtico sentir público, haciéndose cargo de la circunstancia intransferible de un pueblo y reivindicando una forma política genuina, una especie de «ser-ahí» de una nación.

Si para Max Weber el político profesional requería las cualidades de mesura, sentido de responsabilidad y una sana combinación de pasión y objetividad, Ortega resaltaba los dotes de organización, de decisión polémica y de autenticidad en el político de vocación; cualidades todas ellas que reunía en su propia persona el filósofo, ya no sólo gran político al que «es preciso agregar el genio», sino político genial provisto, como César, de «intuición histórica» y de «este poder de reconocer lo muerto en lo que parece vivir»⁶⁵. Tal acontecía con las instituciones liberal-democráticas, que todavía se mantenían en pie, pero que estaban inexorablemente destinadas a sucumbir bajo los signos de los nuevos tiempos. En su análisis sobre el fascismo Ortega subrayaba su actuar deliberadamente ilegítimo, que resaltaba la insuficiencia del marco legalista en que se imbricaba la vieja política *more geometrico*. Las dictaduras ya no eran, como en 1919, equiparables a un estado anárquico e intolerable, sino una «formidable experiencia histórica»⁶⁶, que ponía de relieve la necesidad de «dignificar» la institución parlamentaria que había dado origen a ellas, haciéndola apta para afrontar los retos de una nueva época en la que el trabajo cedería su lugar al deporte, en la que el «mal menor» de la libertad y de la democracia se subordinarían a la jerarquía y a la disciplina, en la que el paupérrimo paisaje burgués se enriquecería por la luminosidad del guerrero y cazador, y en la que la mujer volvería a dejarse raptar por el bárbaro germano, «cincel que esculpió las nacionalidades occidentales»⁶⁷.

Los comicios del 14 de abril de 1931 eran, sin duda, la ocasión más oportuna para la reconstitución nacional. La sociedad española, al haberse pronunciado unánimemente en bloque por el establecimiento legal de la República, había consumado un acto de soberanía, manifestando su «voluntad radical y sin reservas de

⁶⁴ José Ortega y Gasset, *Maura o la política* (1925-1926), en OC, XI, pág. 73.

⁶⁵ José Ortega y Gasset, *Mirabeau o el político* (1927), en OC, III, págs. 625 y 634.

⁶⁶ José Ortega y Gasset, *Ideas políticas* (1924), en OC, XI, pág. 35.

⁶⁷ José Ortega y Gasset, *España invertebrada* (1921), en OC, III, pág. 117.

formar una comunidad de destino histórico, la inquebrantable resolución de decidir juntos en última instancia todo lo que se decida»⁶⁸. Y esa situación-límite requería no ya al político al uso, sino al gran estadista que, como Mirabeau, impusiera con su decidido ademán su política integradora de todos los contrarios y encauzara una «revolución conservadora», susceptible de mantener la unanimidad con que la nación había decretado la muerte de la Monarquía.

UN DIPUTADO REVOLUCIONARIO-CONSERVADOR

Escasos y breves fueron los momentos en que Ortega se lanzó con tanto entusiasmo y tanta ilusión a la vida pública del país como lo hizo al inicio de la Segunda República. Por un breve y fugaz momento había observado una España que hacía caso omiso de su natural inercia y de su indeleble afición hacia el particularismo, sacudiéndose unánimemente todo el peso de su largo pasado y hallándose presta para ser moldeada por las incitaciones del filósofo. Sin embargo, el abismo que le separaba de los demás artífices de la República resultó infranqueable. Nunca había hablado «ante un auditorio de comportamiento más granítico que un Parlamento»⁶⁹, confesó el que deseaba encender los ánimos de sus oyentes como antaño lo había hecho en el Teatro de la Comedia. Que su *Rectificación de la República* no surtía los mismo efectos que *Vieja y nueva política*, resultando baldíos todos los paralelismos al respecto, constituye un buen indicio del cambio de perspectiva de Ortega, ya no mentor intelectual de un liberalismo con claros contenidos sociales, sino adalid de la única y auténtica revolución: «la de la técnica, de la construcción económica y el orden fecundo de la sociedad organizada en cuerpo de trabajadores»⁷⁰. Esta tajante afirmación ilustra cómo Ortega participaba en el sentir de muchos conservadores revolucionarios. El imperativo de una España modernizada y económicamente competente se tornó tan apremiante, que toda la organización política del Estado había de subordinarse a los dictados de los principios de la nación y del trabajo, mediante los cuales Ortega pretendía domar al hombre-masa.

Ambos principios adquirirían indudablemente toda su envergadura a la hora de defender la idea sombartiana de la economía or-

⁶⁸ José Ortega y Gasset, *Discurso sobre el Estatuto de Cataluña* (1932), en OC, XI, pág. 464.

⁶⁹ José Ortega y Gasset, *Sensaciones parlamentarias* (1932), en OC, XI, página 498.

⁷⁰ José Ortega y Gasset, *Discurso en León* (1931), en OC, XI, pág. 311.

ganizada en cuanto forma más probable del *porvenir del capitalismo*, los cuales dotarían al socialismo orteguiano de las notas autoritarias y corporativas propias del socialismo prusiano de Spengler o de la estoica *Gestalt* del trabajador-soldado que trazó Ernst Jünger al verter las enseñanzas un tanto rudas del profeta de la decadencia en su lenguaje vivaz y metafórico. No obstante, el principio de la nación y el del trabajo no se circunscribían al ámbito meramente económico, sino que seguían la advertencia schmittiana acerca de la «totalización» de la política y se reflejaron en casi todas las manifestaciones del Ortega republicano. La política era «un poder misterioso, instintivo», que, «en cada edad se camufla según el matiz de su tiempo»⁷¹, pero que, fuese cual fuera el disfraz elegido, decidía en última instancia el regir de la historia.

En nombre del principio del trabajo, Ortega exigía un parlamento «sobrio», distinto al que asistía el diputado, angustiado por el ir y venir de unos discursos insípidos que impedían la toma de una decisión. Ya en 1924, al iniciar la serie *Ideas políticas*, había abogado por una adecuada separación entre el *deliberare* y el *agere*, entre el ejercicio de la soberanía y el arte de gobierno, siguiendo a una *Teología política* que servía a Carl Schmitt para poner en escena su afamada decisión que no precisaba de la deliberación, sino de una definición exacta del enemigo. Soberanía, decía Ortega, implica deliberación, crítica y expresión de la opinión pública, gobierno es decisión, construcción e imperiosidad. «El jefe de Gobierno es el representante efectivo e inmediato de la vida de un Estado, y el Estado no tiene por qué estar sometido a las contingencias de la agilidad oratoria»⁷²; esas tajantes afirmaciones permiten apreciar en todo su alcance la afinidad hacia las posturas decisionistas que albergaba Ortega, a su vez prolijo a emplear unas dicotomías que fácilmente permitían identificar al enemigo: la nueva política contra la vieja política, el tiempo de los jóvenes contra los viejos, la ejemplaridad de las minorías contra la indocilidad de las masas, la comunidad masculina y belicosa contra la sociedad afeminada y cortesana o la ética guerrera del héroe contra el querer utilitario del pequeño burgués.

Si bajo la consigna del principio del trabajo Ortega, pues, restó eficacia a la actuación del Parlamento, el de la nación requería acotar el margen de actuación de los partidos políticos que, únicamente preocupados por la pervivencia de su propia organización, pretendían no ya solamente perpetuar las divisiones de la socie-

⁷¹ José Ortega y Gasset, *Proyecto de Constitución* (1931), en OC, XI, página 381.

⁷² José Ortega y Gasset, *Sensaciones parlamentarias* (1932), en OC, XI, página 497.

dad, tal como ocurrió en su defensa de *no ser hombre de partido*, sino que amenazaban con apropiarse del Estado, utilizándolo para imponer sus propios intereses y corrompiéndolo con sus chantajes particularistas. La nación española y «el derecho superior de esa comunidad de destino»⁷³ no precisaba de partidos políticos, que darían, mediante sus antiguallas derechistas o izquierdistas, una nidad falsa a la república, sino de un amplio movimiento nacional que recuperara el unánime sentir de la sociedad española y organizara la opinión pública en una única y auténtica voluntad encarnada en un Estado que «sea para todos los españoles»⁷⁴. Huelga decir que sólo podía apelarse a esa voluntad organizada desde el Estado que, mediante un plebiscito, tal y como lo había propuesto el filósofo poco después de los comicios municipales, aprobara, si no aclamara la decisión política adoptada. Fomentar las expresiones de una democracia inorgánica, recurrir a ese «pueblo suelto» conduciría inexorablemente al cesarismo.

Un Parlamento técnico y eficaz, compuesto por un número reducido de diputados, en el que la expresión de los intereses partidistas quedara reducida a un mínimo, un Gobierno libre de las ataduras parlamentarias que se entregara con brío a diseñar una política magnánima y que no se dejara corromper por la política de intereses promovida por los partidos políticos, un amplio movimiento nacional que aglutinara los difusos pareceres en una única y férrea voluntad de participar en el destino común, y finalmente la organización corporativa de la sociedad y del estado a través de los principios de la nación y del trabajo; tales fueron las reglas del «álgebra superior de la democracia»⁷⁵, que enseñó el Ortega republicano, dejando escasas dudas de su participación en el ideario revolucionario-conservador, propenso a sacrificar en aras del bien de la comunidad nacional cualquier dimensión excesivamente liberal.

LAS ENSEÑANZAS ALEMANAS

«Por eso, a esta Alemania política y económicamente triturada, con sus ciudades desventradas, con sus ríos despontados, volvemos a ir todos. ¿A qué? Pues, ¿a qué va a ser? A aprender»⁷⁶. Estas palabras, que dirigía Ortega en 1949 a su auditorio berlinés,

⁷³ José Ortega y Gasset, *Circular de la Agrupación al Servicio de la República* (1932), en OC, XI, pág. 426.

⁷⁴ José Ortega y Gasset, *Un proyecto* (1930), en OC, XI, pág. 288.

⁷⁵ José Ortega y Gasset, *Las provincias deben rebelarse* (1931), en OC, XI, pág. 344.

⁷⁶ José Ortega y Gasset, *De Europa meditatio quaedam* (1949), en OC, IX, págs. 301-302.

no sólo ilustran el ademán consolador con que el filósofo español se dirigía a los alemanes después de la segunda guerra mundial, sino que dan prueba también de su proclividad a aceptar las enseñanzas que podía ofrecerle el mundo germánico. Allí se dirigió en su mocedad para «embalarse en un entusiasmo nuevo»⁷⁷, contemplando las maravillas de la organización de su vida colectiva, viendo en *las fuentecitas de Nuremberga* un ejemplo a seguir cara a la modernización y descubriendo en el ejemplo germano el «auténtico y sustancial concepto de la Nación»⁷⁸. Admiraba la proverbial *Gründlichkeit* alemana, la profundidad que guiaba su actuar y que evitaba las frivolidades retóricas que tanto le habían enojado en su patria, y sólo ponía reparos al *furor teutonicus*, actitud desmesurada y cegadora de la pluralidad de perspectivas vitales, cuyas consecuencias habría podido atisbar en su breve viaje en 1934, si no fuera porque una ceguera espontánea le impidió ver «lo que pasa *ahora* en Alemania»⁷⁹. Incluso el nacionalsocialismo ofrecía sus enseñanzas, tratándose nada más que de un «gigantesco ensayo, hecho a fondo, para movilizar toda una nación en un cierto sentido», una «experiencia de laboratorio»⁸⁰ que había que tenerse en cuenta. Y si nuestro pensador, pese a haberse percatado de algunas virtudes inherentes al fascismo italiano, no renunció a hacer hincapié en los *destinos diferentes* de España e Italia, en su viaje a Alemania hizo caso omiso a su proclividad a dejar impresas sus *notas de andar y ver*, negándose rotundamente a contestar a sus interpelantes. Es de suponer que no fuera únicamente la gratitud, el respeto o la lealtad los que le indujeron a proceder así; como escribía a sus lectores argentinos, para ver los inconvenientes de la organización nacional alemana, era menester embarcarse «a fondo en aquella experiencia vital»⁸¹, tal como lo hizo el propio Ortega en su singladura republicana, tan radicalizado por la turbulenta situación política en España como lo estuvo la burguesía alemana por la desmembración de su nación a raíz del Tratado de Versalles. Ciertamente, Ortega no necesitaba seguir el ejemplo de Edgar Jung, que en marzo de 1933 pedía el

⁷⁷ José Ortega y Gasset, *Un rasgo de la vida alemana* (1935), en OC, V, página 190.

⁷⁸ José Ortega y Gasset, *De Europa medidatio quaedam* (1949), en OC, IX, pág. 302.

⁷⁹ José Ortega y Gasset, *Un rasgo de la vida alemana* (1935), en OC, V, página 186.

⁸⁰ José Ortega y Gasset, *Un rasgo de la vida alemana* (1935), en OC, V, página 204.

⁸¹ José Ortega y Gasset, *Un rasgo de la vida alemana*; (1935), en OC, V, página 190.

ejercicio del poder político en nombre del espíritu; la mente española nunca se dejó embriagar por el irracionalismo ni acariciaba solución totalitaria ninguna, pero a la altura de 1931 su persistente dilema entre su actitud liberal ante el Estado y su concepción orgánica y comunitaria de la nación, entre la razón del Estado y la vida de la nación, se resolvió en favor de la última. Por grande que fuera la aversión profesada hacia la desindividualización, hay que destacar la ambigüedad que envuelve las palabras de Ortega respecto al fascismo europeo, su silencio mantenido ante la radicalización de sus discípulos, una parte de los cuales nutría las filas falangistas, o su gesto de seguir publicando sus meditaciones en revistas como la *Europäische Review* o *Das Reich*.

Cuando Ortega volvió a Alemania después de la segunda guerra mundial, ya no estaba tan dispuesto a aprender de su maestra alemana, más bien se presentó con la faceta de Casandra, cuyos presagios siempre fueron ignorados, encontrándose apenas una alocución suya en la que no pulularan las referencias a su obra más célebre. Ciertamente, fueron otros los alemanes que le leían y que le celebraban, pero el pensador, afanoso de prometer un espléndido porvenir europeo a lo que consideraba pueblo joven, parecía haber cambiado poco. Las dedicatorias que adornan sus libros de Ernst Jünger y de Carl Schmitt ilustran que Ortega no había perdido el contacto con sus coetáneos revolucionario-conservadores, y como revelaba en una carta, apreciaba, pese a haber encontrado en 1933 «el error de Spengler», todavía más las ideas del malogrado profeta de la decadencia⁸². Al igual que Heidegger o el citado jurista alemán, se negó rotundamente a poner en su boca palabra alguna susceptible de aludir directamente a la sombría página de la historia alemana, prefiriendo, en su lugar, hablar de una «crisis» o de una «catástrofe», consolando a los alemanes por haber sido «el país más mesuradamente nacionalista»⁸³ y exculpándolos por haber actuado con «deliberado mimetismo»⁸⁴ respecto a las otras naciones europeas. Los alemanes agradecían con un entusiasmo inigualable las palabras de uno de los primeros pensadores que apostaba seriamente por la idea de Europa y que, si damos por cierto lo que escribían los periódicos de antaño,

⁸² Carta de José Ortega y Gasset a H. Kornhardt, 3-V-1949; en Bayerische Staatsbibliothek München, Spengleriana, Ana 533, Sch. 133. «El error de Spengler» porcede de una anotación de Ortega en el libro *Jahre der Entscheidung*, München, C. H. Beck, 1933.

⁸³ José Ortega y Gasset, *De Europa meditatio quaedam* (1949), en *OC*, IX, pág. 301.

⁸⁴ José Ortega y Gasset, *De Europa meditatio quaedam* (1949), en *OC*, IX, pág. 291.

sólo una vez se presentó ante su público con un gesto descontento: en el coloquio de Darmstadt en 1953, cuando intelectuales como Adorno, Jungk o Mitscherlich debatían junto con Ortega sobre el tema *individuo y organización*.

RESUMEN

El trabajo pretende establecer las relaciones que existían entre el pensamiento filosófico y político de José Ortega y Gasset con la Revolución Conservadora alemana. Se parte de la hipótesis de un vínculo generacional que une a Ortega con sus coetáneos revolucionario-conservadores alemanes, establecido a raíz de las impresiones recibidas en sus primeros viajes, y visible en la recuperación del legado de Nietzsche y en las reacciones ante el estallido de la primera guerra mundial. Desde 1914 Ortega elabora una filosofía política en la que el lenguaje de la autenticidad, el intento de superar las divisiones tradicionales entre la izquierda y la derecha o el afán por declarar fenecida la época burguesa desemboca en su radicalización política en los años de la Segunda República. El estudio de su biblioteca personal así como el de las publicaciones de la *Revista de Occidente* sirven de fundamento a esta investigación.

ABSTRACT

This paper tries to establish the connections between the philosophical and political thought of José Ortega y Gasset and the German Conservative Revolution, defending the hypothesis of a generational link between Ortega and his German contemporaries. This link, based on impressions received during his first travels to Germany, is showed in his rereading of Nietzsche's legacy and in his responses in the face of the outbreak of First World War. Since 1914 Ortega has produced a political philosophy in which the language of authenticity, the attempted superation of the traditional divisions between the left and the right, or the effort to declare the death of the bourgeois age leads to a political radicalization during the years of the Second Republic. Researches on Ortega's library and on publications edited by *Revista de Occidente* form the basis of this paper.

Sabine Ribka es becaria predoctoral en el Dpto. de Historia Social y del Pensamiento Político de la Facultad de Ciencias Políticas y de Sociología de la UNED, donde realiza su tesis doctoral sobre José Ortega y Gasset.